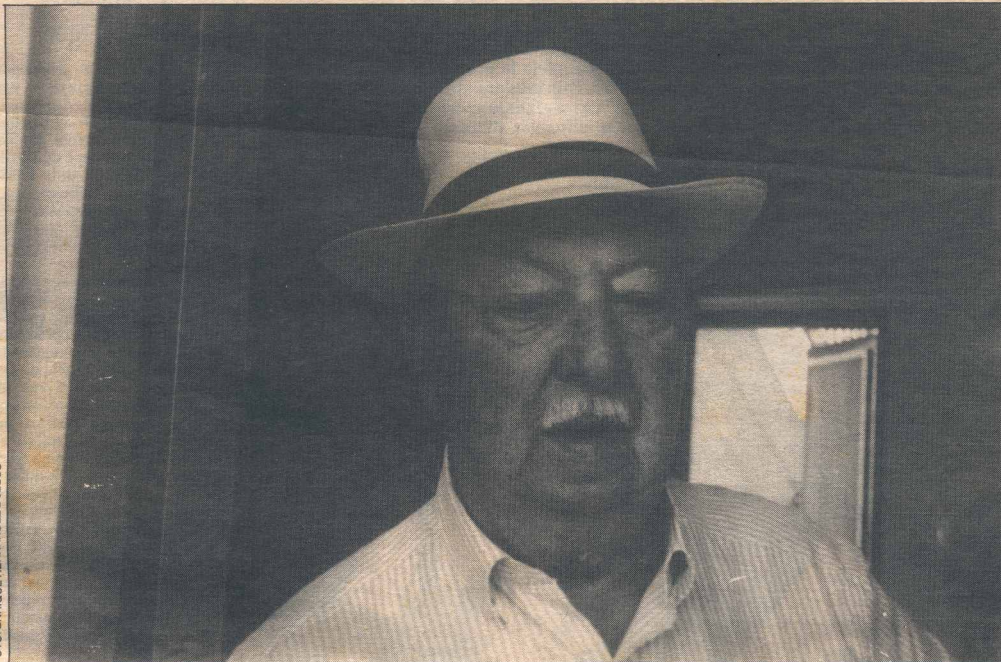


"Diamante fúnebre"

El dolor como encantamiento

La editorial Binev anuncia la publicación de la más reciente obra de Vicente Gerbasí, en la cual se revela nuevamente esa manera suya de invocar, y sus dones para el conjuro. "En mí se oye el búho/ y el quejido del enfermo/ Soy un cafetal donde no te encuentro". Poesía que susurra el idioma de la contemporaneidad y la añoranza

FOTO: ENRIQUE HERNÁNDEZ D. JESUS



Decir Canoabo...

LUIS ALBERTO CRESPO

No te lo he dicho nunca, Vicente, pero sigo creyendo que tú eres, entre nosotros, Saba, Humberto Saba. Si no ¿cómo explicar la misma dulzura que sientes, como si Canoabo fuera Trieste, cuando dices que la muerte es un resplandor en el cielo y en los sentidos y cuando comparas a la amada con los cereales, los tubérculos y la criatura que tiembla en las hojas y en el universo? Sí, Vicente, mientras envejeces y ganas esa infancia de fin vida, el taciturno poeta librero, quien habla ahora castellano —en la estupefacta versión que hiciera de su "Cancionero" Ana María del Ré para Monte Avila Editores— ha venido a vivir a tu sombra, acaso por esa lúdica costumbre que tienen los poetas mediterráneos de susurrarse el idioma de la contemplación y añoranza del mundo donde reflejan sus emociones y sus pensamientos con las palabras más simples y más antiguas del hombre: las de la invocación y el conjuro.

La otra tarde, quise decirlo, pero empezaste a hojear a la vera de Enrique Hernández D. Jesús un manuscrito de soledad y enlutamiento. En esas páginas rezabas por tu amiga Consuelo y te hallabas en un jardín donde ya no canta la agorera ave quinquina. Ahora, sosegado el recuerdo de la lectura que había hecho brillar nuestra mirada, yo te digo de nuevo, Vicente, que quiero hablarte de tu parecido con el anciano judío de la penumbra y la bruma en el corazón. Ambos, amigo mío, tú y él, supieron escribir acerca de los seres y las cosas que apenas se sostienen en el mundo, que a lo sumo pertenecen a una casa, un camino y un follaje en la inmensidad de la tierra y la memoria. Tú y Saba han hecho del vivir —aún el más amargo— un milagro de armonía.

"Todas las noches rezo con Consuelo", dijiste. No por ella sino con ella, en la parte alta de la

casa de tu hija adonde quisiste ir a escucharte el dolor por la esposa perdida, cerca del lecho que fue de María Grubbe, la dama escandinava mitificada por Jacobsen y Rilke —la del amor festivo y el amor menesteroso—, a pocos pasos de los santos y los helechos de tu cielo cristiano, en lo oscuro tal vez, pero en un espacio por el que cruzan el mediodía, el relámpago y la luna de Canoabo apenas inclinas tu cuerpo sobre la blancura y rasgas la nada con el nombre de la inmensa inocencia que fuiste y serás entre las hojas de café, la umbría sudorosa del valle de Montalbán y la noche perenne de las montañas de Urama que alejaron tu infancia de aquella luz de conejo y de aquellas flores abiertas en los ojos de la serpiente y el tigre que no te abandonan, ni siquiera en tu desamparo de amante dado a perseguir a la amada en el desierto del sueño y del cosmos.

No sé cuando leí la frase de Schiller que nombra tu poesía sentimental e ingenua, ni la otra en la que tu obra se asemeja al éxtasis puro con que nos sorprende la infancia o su viudez en "la monótona melancolía de la paloma torcaz, escondida, aquí, junto al río, más allá, no se sabe dónde, junto a la muerte". Yo venía de tus espacios cálidos, Vicente. Los habité largamente mientras le decía adiós a unas grietas y unas espigas por la orilla de la carretera, parecidas tanto a lo que somos. Jamás supuse que ahora —y ahora es la arruga y el rictus marcados en el entrecejo del tiempo— tendrías en mis manos la escritura de tu "Diamante fúnebre", la del "gozoso dolor" de que hablan los místicos, después de haberla oído de tus labios y mirado en tu soledad donde dices que te hablas a Dios.

Porque es mentira que podemos vivir sin dioses, sin rezos. Yo desatendí hasta muy tarde —¿demasiado tarde?— tu llamado a las estrellas y al alto señor de las

nubes. Me entretuve en mordear por tus espesuras y en sentir sus animales del aire y la tierra buscando su intimidad con lo sagrado. Me distraje entonces y no vi que cada vez que invocabas el infinito de afuera y de adentro diciendo hoja de bambú, perfume de menta, fruta morada, ramo de azahar y astromelia, o gallina blanca, luciérnaga, paloma, gavián y jaguar aparecía en el poema la vastedad de arriba como si sus nombres sirvieran de talismanes para alcanzar lo angélico y el trasmundo que avizoraron Novalis y Holderlin, cuya confidencia acercabas a la de los profetas de la Biblia. Tu misma tristeza en amar la infancia de Canoabo, de la calle Caramacate, a la que dejaste a la vuelta de la selva de Urama, camino a Italia, se cambiaba en celebración por todo lo perdido y recordado en el sentimiento de un dios de iglesia y salvaje.

Pudiste mantenerte en la inocencia, inmóvil, en medio de ese remolino de resplandor donde Juan Bautista Gerbasí, recién venido de las colinas del Tirreno, amparado por una tierra maravillosa, y su mujer, que miraba como si contemplara un bosque lejano, quisieron con amor que fueras así, encantado por el absoluto que habita lo sublime y lo terrible, en cualquier intemperie, sea de aquí o de otros mundos, tenga o no ardor de suelo rojo y nevoso, llámase Canoabo, en Montalbán o Viconati, en Compañía. O más allá, entre las constelaciones, en la que tu pequeña comarca se mira bajo la misma luz que alumbraba a las ciudades y los caminos por los que andas devolviéndote al primer día de tu iniciación a la infancia, la más vasta de las intemperies.

¿Tengo que repetir las veces que has dicho Canoabo en tus imágenes por querer permanecer en la grandeza del universo como en una aldea? ¿O detenerme a encontrar el vocablo de la muerte en la espesura de las imágenes con

que exaltas nuestra demora en la tierra, como orilla y como centro de lo inmenso, en la hoja de la hierba y en los astros? El dios, que habla en tí te aporta la necesaria pureza que requiere el hombre para parecerse a lo que contempla y se torna prolongación de su armonía primigenia. Cuando tomas la flor del naranjo para imaginar tu pensamiento y suspiras por una montaña y un árbol, piedra, principio y fin de nuevo principio y fin, la nada que es la muerte y el olvido no soportan el exorcismo continuo de tu poesía frente a lo doloroso.

Si no ¿cómo entender tus oraciones y tus salmos contritos de "Diamante fúnebre", susurrados y la ausente, con quien entristeces, y celebras la lejanía y la próxima convivencia en lo arcanos de un cielo que —estás seguro— tiene la misma humildad de las capillas rurales, sus ángeles pobres, sus santos mendigos y la geografía de los ramajes y pájaros de Canoabo?

Pero ¿qué se hizo aquella luz de conejos en la que despertabas? ¿Por qué corre ahora por la nieve, por el vacío blanco en tu libro de solitario? Dime que oyes aún el sonido del misterio que se oculta, con el espíritu, en el croar de las ranas y que miras el alma en la fugacidad del relámpago o girando, "como la tierra, en el espacio". Dímelo. Y dime también, repítelo, que "cuando uno en la vejez/sonríe está en la infancia", que hay "higueras habitadas por pájaros rojos" en alguna parte, en Jerusalén; y que juegas a la ruleta —la ruleta de Dostoievsky— "que no sabe que existe el número 31, tan parecido a la vida/ o a la muerte". Y no digas más "En mí se oye el búho/ y el quejido del enfermo./Soy un cafetal/ donde no te encuentro".

Oyete de nuevo, Vicente, rezar por tu amiga, quien posee ahora "la claridad del comienzo/ y la claridad del fin". Un día ella te dará "las primeras/cerezas del Universo".